

bajo del catedrático de Burdeos. 12 apéndices documentales, los documentos de 13 archivos, 84 fuentes impresas, los registros de las Juntas Generales de Guipúzcoa, los Diarios de Sesiones, 31 periódicos carlistas, 11 periódicos bibliográficos y 362 autores consultados avalan la riqueza del estudio. Todo un hito en la historia del carlismo y en la historia de las mentalidades, robustecido con 2.298 notas, que nos facilita sobremedida el movimiento de la ideología dominante por Euskal Herria.

Un libro, el de Garmendia, manejable —pese a su volumen—, anotable y hasta destructible. Es decir, se puede y se debe trabajar sobre él sin arruinar su obra ancilar de arte, de contenido y de peso específico.

F. RODRIGUEZ DE CORO

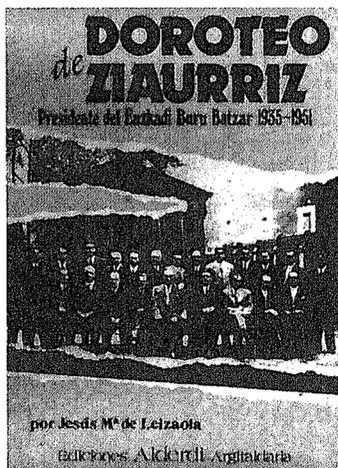
Doroteo de Ziaurriz. Presidente del Euskadi Buru Batzar (1931-1951)

Leizaola, José María de

Bilbao, Alderdi, 1985, 164 págs.

Historiar la trayectoria política y humana de Doroteo Ziaurriz, uncida a unos años de “dramáticas situaciones”, como las de la II República, guerra civil y posguerra y guerra mundial, conlleva notables dificultades. El autor del trabajo, José María de Leizaola, bien conocido por tantos motivos y protagonista de los hechos por los mismos años que historia, traza una especie de gozo convivido, de penetración con el bio-

grafiado, de éxtasis único (se utilizan muchas metáforas) de que algo, por lo menos, en años tan turbios, era verdad. Y esa verdad, para Leizaola, era Doroteo de Ziaurriz. El es ese dato histórico que sirve al autor para explicarnos la desdicha inexplicable de una época, la finitud y enajenación nacionalista de aquellos momentos, ese juego que llamamos vida política, cuyas reglas de verdad desconocemos y en las que jamás se sabe cómo salir del todo. Leizaola, como todo ser humano, pero aquí a la altura de sus casi noventa años,



y como político de reconocido prestigio, anhelaba apasionadamente confiar y lo hace, sin titubeos, en el que fuera presidente del “Euskadi Buru Batzar” durante 20 años, además de excelente médico.

De la lectura de estas páginas parece como si el destacado nacionalista se retirara a un rincón y hablara con sus muertos, entre todos ellos, Doroteo de Ziaurriz. Postrado sobre su suelo y a su nivel, intenta “reconstruir la personalidad”, así dice, (pág. 116), aunque a nosotros más

nos parece una hermosísima declaración de amor hacia Euskal Herria, utilizando la biografía del presidente del “Euskadi Buru Batzar” en sus difíciles años. Todo, todo, le conduce a Leizaola, hartado posiblemente de chácharas, de complicaciones y del calor de los focos, en 1985, a recuperar Euskal Herria. Así que habla de Ziaurriz como médico, en seguida su nacionalismo invade hasta su simple retrato, cuando escribe: “Doroteo de Ziaurriz, el ‘generalista’ —y ginecólogo, por tanto— certificó con su título de Doctor la venida al mundo viviente de un ser humano nuevo, nuestro país o patria” (pág. 99). Que habla de los médicos del norte del Bidasoa, en donde en 1937 Ziaurriz se afinco (Donibane y Cambó, más en concreto), a Leizaola le sirve para pasar de la realidad a la ilusión de médicos o científicos vascos como Fausto y Juan José Elhuyar, los Etchegaray, los Huarte de San Juan, los Miguel Servet de siglos anteriores. Que el ejercicio del mandato de Ziaurriz como lehendakari del EAJ-PNV coincide con un mundo de vasos tránsfugas al desatarse la guerra de 1936, Leizaola escapa del momento para apresurar otras épocas gloriosas para los vascos, saliéndose del tema e idealizando siglos anteriores (págs. 101-114). Que el obstáculo insuperable del Alzamiento de Franco y su consiguiente régimen impide la vuelta al hogar a numerosos vascos, Leizaola echa una ojeada general al papel de las colectividades vascas del mundo entero, a partir de 1936.

Con su pródiga exuberancia lingüística Leizaola exige recompensas para países como Argentina, Bélgica, México, Venezuela, Francia, Gran Colombia (con Ecuador), donde los vascos

podieron alargar su Euskal Herria, dejando cosechas abundantes de cultura y civilización vasca. Por poner un ejemplo, Leizaola escribe sobre México: "el vigorosísimo apoyo mexicano a nuestra causa ha sido siempre tal y viene tan de dentro que el autor de las presentes líneas se siente incapaz de expresar con palabras adecuadas todo el contenido que halla en él" (pág. 127). Hasta del *aporte vasco* en las Filipinas llega a hablar Leizaola (págs. 124-25), al decir que todos los vascos de la diáspora apoyaban el curso de la presidencia del EAJ-PNV de Doroteo de Ziaurriz.

Al firmar este libro Leizaola tiene uno la certeza de que es su corazón lo que vende. Y es que hay alturas del alma en que hacer un recuento (más bien parece eso esta biografía) es comprobar que no se ha ganado todo y que la cuenta no sale como se pensaba. El libro va acompañado de fotografías históricas. A otros les han parecido un comentario a los capítulos; a nosotros nos parece más bien que aquéllas vienen a enderezarlos. No en vano, precavido y atento, Leizaola advierte en la pág. 141: "Las fotografías no han sido elegidas por mí para apoyar unas tesis preconcebidas". Abreviadas a la proporción del momento las fotografías, al menos algunas, nos trasladan la imagen perdurable "de los increíbles sufrimientos" de Euskal Herria por aquellos días, personalizados en la aventura personal de Doroteo de Ziaurriz.

En cinco periodos apresa Leizaola la biografía, un poco difusa, de significado político peneu-vista. Por la primera época (1883-1936) nos ofrece desde su nacimiento hasta su elección a

la presidencia del Eusko Alderdi Jeltzalea; por la segunda (1936-1937) se considera la constitución del gobierno de Euzkadi (7-X-1936) y la guerra hasta agosto de 1937. En la tercera época narra las vicisitudes de los vascos contra el franquismo hasta 1939. En la cuarta, Leizaola espía a Ziaurriz en Iparralde, desde 1939 a 1945, dentro de los avatares del lehendakari Aguirre y de su gobierno y, en fin, en la quinta, los domésticos e íntimos momentos de Ziaurriz hasta su fallecimiento en 1951.

Bueno es echar de menos. Y Leizaola lo hace, no sólo para recordar, sino para sembrar y sin duda para apoyarse en el recuerdo de Ziaurriz y saltar por encima del dolor pasado y salir como él, lleno de impulso. Sin duda que el dolor asumido de Ziaurriz y el no menos digerido de Leizaola (recuérdense sus pasos por las Constituyentes de 1931), transformaron en materia positiva y vital el nacionalismo vasco, depurándolo y haciéndolo crecer. Sus muchas reflexiones "sobre el valor de las identidades vascas esparcidas por el mundo entero" (pág. 147), a primera vista parecen disgresiones y, sin embargo, a nuestro juicio, lo que pretende es agrandar y extender la función política y fuerza moral de Ziaurriz. Que siempre ha habido calidad política y calidad humana en la gestión pública también. Jugando con la metáfora, en la pág. 148, Leizaola observa de Ziaurriz: "Doroteo (...) no mostró ninguna debilidad. Fue entonces el muy sereno y atentísimo médico de cabecera, consciente del riesgo de muerte del mundo libre en que la Humanidad se hallaba".

Tres valiosos apéndices complementan el valioso trabajo. Por el primero, tomado de la obra

de José Antonio de Aguirre: "*Entre la libertad y la revolución*" (1.ª Edición de Bilbao, sin fecha), se recoge la primera intervención de Ziaurriz en la tramitación del Estatuto de Autonomía de 1931, fuera del ámbito de Tolosa. El segundo, ofrece un ligero historial de las milicias vascas en Madrid, escrito sobre recuerdos, en carta dirigida a Leizaola por uno de sus integrantes el 3 de enero de 1985. El tercero, en fin, trae un extracto del comandante Amayur de A. de Urarte, *Los últimos días del batallón Amayur. Contribución a la historia de la guerra en el País Vasco*. Caracas, 1956, donde se recoge la trascendental actividad de Doroteo de Ziaurriz en el tema.

Para Leizaola, la sencilla biografía del doctor Ziaurriz constituye toda una masa de sangre nacionalista que el autor ha recibido y que agradecido tenía que transmitir; un recado que nos viene a comunicar casi boca a boca como en un salvamento. Y, más todavía, una iniciación testimonial al mundo del Partido Nacionalista Vasco.

F. RODRIGUEZ DE CORO

Indalecio Prieto y el nacionalismo vasco

Saiz Valdivielso, Alfonso Carlos
Bilbao. Laida, 1989, 182 págs.

El Profesor de Derecho Político, en la Facultad de Derecho, de la Universidad de Deusto, Saiz Valdivielso, nos sale al paso últimamente con esta tercera aproximación a la figura de Indalecio Prieto. Ya lo hizo, por